

Agatha Christie®



UN CADÁVER EN LA BIBLIOTECA

El misterio perfecto para
la brillante e ingeniosa
MISS MARPLE



AGATHA CHRISTIE

Un cadáver en la biblioteca

Traducción de Guillermo López Hipkiss



ESPASA

The Body in the Library Copyright © 1942 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, MISS MARPLE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie[®]

Traducción de Guillermo López Hipkiss

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-670-4540-6

Depósito legal: B. 14.797-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Capítulo 1

I

Mrs. Bantry soñaba.

Sus guisantes aromáticos acababan de recibir el primer premio en el concurso de jardinería. El vicario, con sotana y vestidura blanca debajo, repartía los premios en la iglesia. Pasó su esposa en bañador pero, según es la bendita costumbre en los sueños, este hecho no provocó la desaprobación de los feligreses, como sin duda habría sucedido en la vida real.

Mrs. Bantry estaba disfrutando de su sueño. Esos sueños que acababan con la llegada del primer té del día eran fuente de perpetuo deleite para ella. En algún lugar de su adormecida mente empezaban a oírse los primeros y familiares ruidos de la casa, que se desperezaba poco a poco: el tintineo de las anillas cuando la doncella descorría las cortinas; el sonido de la escoba y el recogedor de la segunda doncella en el pasillo. En la distancia, el chirrido del grueso cerrojo de la puerta principal al ser descorrido.

Comenzaba un nuevo día. Mientras tanto, era preciso que extrajera el mayor deleite posible del concurso de jardinería, pues empezaba a ser consciente de que no era más que un sueño.

De abajo le llegaba el ruido producido por las grandes persianas de madera de la sala al abrirse. Lo oía pero no lo oía. Los discretos y amortiguados ruidos de la casa continuarían media hora más. Eran tan familiares que ya no

turbaban su sueño. Culminarían con el rumor de pasos rápidos pero comedidos por el corredor, el roce de un vestido estampado, el tintineo de la porcelana al depositarla en la bandeja del desayuno sobre la mesa de fuera; luego un suave golpe en la puerta y la entrada de Mary para recorrer las cortinas.

En su sueño, Mrs. Bantry frunció el entrecejo. Algo fuera de lo habitual había penetrado en sus ensoñaciones, algo no iba como debería. Pasos por el pasillo, pasos que iban demasiado aprisa y acudían demasiado pronto. Inconscientemente, sus oídos esperaban oír el tintineo de la porcelana, pero no fue así.

Llamaron a la puerta. Automáticamente, desde las profundidades de su sueño, Mrs. Bantry ordenó: «¡Adelante!». La puerta se abrió; ahora oiría resbalar las anillas al descubrir las cortinas.

Pero tampoco fue así. De la verdosa penumbra surgió la voz de Mary, entrecortada, histérica: «¡Oh, señora...! ¡Oh, señora...! ¡Hay un cadáver en la biblioteca!». Luego, estallando en convulsos sollozos, salió corriendo de la alcoba.

II

Mrs. Bantry se incorporó en la cama. O su sueño había ido por derroteros inesperados, o realmente Mary había irrumpido en la habitación y había exclamado que había un cadáver en la biblioteca. «¡Increíble! ¡Fantástico! ¡Imposible...! —se dijo—. Debo de haberlo soñado.»

Incluso mientras se decía eso, se sentía cada vez más convencida de que no había sido un sueño, de que Mary, su perfecta Mary, siempre tan dueña de sí misma, había pronunciado aquellas fantásticas palabras.

Mrs. Bantry reflexionó un momento y luego le dio un codazo a su dormido cónyuge.

—Arthur, Arthur, despierta.

El coronel Bantry gruñó, murmuró algo y se volvió hacia el otro lado.

—Despierta, Arthur. ¿Has oído lo que ha dicho Mary?

—Es posible —dijo el coronel con voz confusa—. Estoy completamente de acuerdo contigo, Dolly.

Y siguió durmiendo.

Mrs. Bantry lo sacudió.

—Tienes que escucharme. Mary ha entrado y dice que hay un cadáver en la biblioteca.

—Eh..., ¿qué...?

—Un cadáver en la biblioteca.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mary.

El coronel Bantry hizo un esfuerzo por concentrar sus embotadas facultades y se preparó para enfrentarse a la situación.

—¡No digas tonterías! —exclamó—. Has estado soñando.

—No. También yo lo he pensado al principio. Pero es verdad, ha entrado y lo ha dicho.

—¿Que Mary ha entrado y ha dicho que hay un cadáver en la biblioteca?

—Sí.

—Pero no es posible.

—No, no, supongo que no —dijo Mrs. Bantry vacilante—. Pero entonces ¿por qué Mary ha dicho que lo había? ¿Por qué?

—No puede haberlo dicho.

—Lo ha dicho.

—Seguro que lo has imaginado.

—No.

El coronel Bantry ya estaba completamente despierto y preparado para resolver la crisis.

—Has estado soñando, Dolly, eso es lo que te pasa

—repuso amablemente—. Es esa novela policíaca que has estado leyendo, *The Clue of the Broken Match*. ¿Recuerdas? Lord Edgbaston encuentra a una hermosa rubia muerta sobre la alfombra de la biblioteca. En las novelas siempre aparecen cadáveres en las bibliotecas. Jamás he oído hablar de un caso así en la vida real.

—Tal vez conozcas uno ahora. En cualquier caso, Arthur, tienes que levantarte e ir a ver qué pasa.

—Pero, en serio, Dolly: debe de haber sido un sueño. Los sueños parecen muy reales cuando acabas de despertarte. Uno siempre acaba convenciéndose de que son reales.

—Estaba soñando algo completamente distinto, algo sobre un concurso de jardinería y la mujer del vicario en traje de baño.

Mrs. Bantry saltó de la cama y describió las cortinas. La luz de un hermoso día de otoño inundó la habitación.

—¡No lo he soñado! —replicó con seguridad—. Levántate de inmediato, Arthur. Ve abajo y averigua qué pasa.

—¿Quieres que baje la escalera y pregunte si hay un cadáver en la biblioteca? Voy a hacer el más espantoso de los ridículos.

—No es necesario que preguntes nada. Si hay un cadáver... Aunque, claro, existe la posibilidad de que Mary se haya vuelto loca y vea cosas que no existen. Bueno, ya te lo dirá alguien. Tú no tendrás que decir una palabra.

Con un gruñido, el coronel Bantry se envolvió en su bañín y salió de la habitación. Recorrió el pasillo y bajó la escalera. Al pie de la misma había un corrillo de criados, algunos de ellos llorando. El mayordomo se adelantó.

—Me alegro de que haya bajado, señor —dijo—. He dado orden de que nadie hiciera nada hasta que usted bajara. ¿Debo telefonar a la policía, señor?

—¿Telefonar a la policía? ¿Para qué?

El mayordomo dirigió una mirada de reproche, por en-

cima de su hombro, a la joven alta que lloraba histéricamente en el robusto hombro de la cocinera.

—Señor, creía que Mary lo había informado. Dijo que lo había hecho.

—Estaba tan aturdida que no sé lo que dije —exclamó Mary—. De repente, volví a acordarme. Se me doblaron las piernas y se me revolvió el estómago. Encontrarla así... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Y volvió a desplomarse sobre el hombro de Mrs. Eccles.

—Vamos, vamos, querida —le dijo ésta con un cierto placer morboso.

—Mary está un poco turbada, señor —explicó el mayordomo—, algo muy natural, puesto que fue ella quien hizo el espantoso descubrimiento. Entró en la biblioteca como de costumbre a descorrer las cortinas y... y casi tropezó con el cadáver.

—¿Pretende usted decirme que hay un cadáver en la biblioteca..., en mi biblioteca? —insistió el coronel.

El mayordomo tosió.

—Tal vez el señor prefiera comprobarlo.

III

—Comisaría al habla. ¿Diga, diga?... Sí. ¿Quién llama?

El agente Palk estaba abrochándose la chaqueta con una mano mientras sujetaba el auricular con la otra.

—Sí, sí. Gossington Hall. ¿Diga?... Oh, buenos días, señor.

El tono del agente Palk cambió levemente. Abandonó el impaciente tono oficial al reconocer al generoso patrocinador de los equipos deportivos de la policía y principal magistrado del distrito.

—Diga, señor. ¿En qué puedo servirlo, señor?... Perdone, señor, no lo he oído bien... ¿Un cadáver dice usted?...

¿Sí?... Si me hace el favor, sí, señor... Eso es, sí, señor...
 ¿Una joven desconocida dice?... Bien. Sí, señor. Yo me encargaré de todo, señor.

El agente Palk colgó el auricular, emitió un prolongado silbido y marcó el número de su superior.

Mrs. Palk asomó la cabeza por la puerta de la cocina, de la que salía un apetitoso olor a beicon frito.

—¿Qué ocurre?

—La cosa más rara que hayas oído en tu vida —replicó su marido—. Han encontrado el cadáver de una joven en Gossington Hall. En la biblioteca del coronel.

—¿Asesinada?

—Estrangulada, según él.

—¿Quién era?

—El coronel dice que no la conoce de nada.

—Entonces ¿qué hacía en la biblioteca de su casa?

El agente Palk la hizo callar con una mirada de reproche y habló, en tono oficial, por teléfono.

—¿Inspector Slack? Agente Palk al habla. Acaba de llegar el aviso de que esta mañana, a las siete y cuarto, ha sido descubierto el cadáver de una joven...

IV

El teléfono sonó cuando miss Marple estaba vistiéndose. El sonido la turbó un poco. A aquella hora no acostumbraba a recibir llamadas. La vida de la vieja solterona era tan ordenada que una llamada de teléfono imprevista constituía para ella una fuente de infinitas conjeturas.

«¡Dios mío! —se dijo mientras contemplaba perpleja el estridente artilugio—. ¿Quién podrá ser a estas horas?»

En el pueblo, la hora apropiada para hacer llamadas entre vecinos era de nueve a nueve y media. A esa hora solían concretarse los planes para el día y ofrecer y recibir

invitaciones. En alguna ocasión se había dado el caso de que el carnicero llamara segundos antes de las nueve si había alguna crisis en el negocio de la carne. Durante el día podía haber otras llamadas esporádicas, pero utilizar el teléfono después de las nueve y media de la noche se consideraba de mala educación.

Era cierto que el sobrino de miss Marple, Raymond West, escritor y, por consiguiente, propenso a las irregularidades, en ocasiones había telefonado a las horas más imprevisibles, llegando a hacerlo una vez diez minutos antes de medianoche. Pero fueran cuales fuesen las excentricidades de su sobrino, madrugar no figuraba entre ellas. Era improbable que él o alguno de los conocidos de miss Marple llamara antes de las ocho de la mañana. Eran las ocho menos cuarto. Demasiado temprano incluso para un telegrama, puesto que la estafeta de correos no abría hasta las ocho.

«Se habrán equivocado», decidió miss Marple.

Después de llegar a dicha conclusión, se acercó al impaciente aparato y acalló su clamor descolgando el auricular.

—¿Diga? —preguntó.

—¿Eres tú, Jane?

Miss Marple se sorprendió muchísimo.

—Sí, soy yo. Has madrugado mucho, Dolly.

La voz agitada de Mrs. Bantry llegó a través del auricular.

—Ha ocurrido algo terrible.

—¡Oh, querida...!

—Acabamos de encontrar un cadáver en la biblioteca.

Durante un momento, miss Marple creyó que su amiga se había vuelto loca.

—¿Que habéis encontrado qué?

—Ya lo sé. Resulta difícil de creer, ¿verdad? Quiero decir... Yo creía que esas cosas sólo pasaban en las novelas.

Esta mañana tuve que insistirle a Arthur toda una eternidad antes de convencerlo para que bajara a ver qué pasaba.

Miss Marple intentó tranquilizarse.

—Pero ¿de quién es el cadáver? —preguntó con voz ahogada.

—De una rubia.

—¿Una qué?

—Una rubia. Una hermosa rubia..., como en los libros. Nadie la había visto antes. Está ahí tendida, en la biblioteca, muerta. Por eso tienes que venir inmediatamente.

—¿Quieres que vaya?

—Sí. Ya he enviado el coche a recogerte.

—Claro, querida —dijo miss Marple con tono indeciso—, si crees que puedo servirte de consuelo...

—Oh, no necesito consuelo, pero ¡eres tan hábil con los cadáveres...!

—Oh, no. Mis pequeños éxitos siempre han sido más bien teóricos.

—Pero eres muy buena resolviendo asesinatos. Verás, ha sido asesinada. Estrangulada. Lo que yo digo es que, si he de aguantar que se cometa un asesinato en mi propia casa, lo menos que puedo hacer es disfrutarlo. Me comprendes, ¿no? Por eso quiero que vengas y me ayudes a descubrir quién es el culpable y a resolver el misterio. ¡Es tan emocionante! ¿No crees?

—Bueno, querida, si puedo ayudarte, iré.

—¡Magnífico! Arthur está insoportable. Piensa que no debo divertirme con esto. Sé que es muy triste, por supuesto. Pero, después de todo, yo no conozco a la muchacha... y, cuando tú la hayas visto, comprenderás lo que quiero decir cuando aseguro que no parece real, en absoluto.

V

Miss Marple bajó del coche de los Bantry, cuya portezuela le sujetaba el chófer.

El coronel Bantry salió de la casa y se mostró sorprendido.

—¿Miss Marple?... Ah... Encantado de verla.

—Su esposa me telefoneó.

—Excelente, excelente. Necesita a alguien a su lado. De lo contrario, sufrirá algún trastorno nervioso. Parece estar muy entera, pero ya sabe usted lo que ocurre...

En ese instante apareció Mrs. Bantry.

—Haz el favor de entrar a desayunar, Arthur —dijo—. El beicon se enfría.

—Creí que llegaba el inspector —explicó el coronel.

—No tardará. Por eso es importante que desayunes. Lo necesitas.

—Y tú también. Más vale que vengas a tomar algo, Dolly.

—Iré enseguida. Ve tú primero, Arthur.

El coronel Bantry se arrastró hacia el comedor como una gallina recalcitrante.

—¡Ahora! —dijo Mrs. Bantry con aire triunfal—. ¡Ven!

Condujo a su amiga rápidamente por el corredor hacia el ala este de la casa. En la puerta de la biblioteca estaba el agente Palk, montando guardia. Interceptó a Mrs. Bantry con cierto aire de autoridad.

—Nadie puede entrar, señora. Órdenes del inspector.

—No diga tonterías, Palk. Conoce a miss Marple de sobra.

El agente admitió que la conocía.

—Es muy importante que ella pueda ver el cadáver —dijo Mrs. Bantry—. No sea estúpido, Palk. Después de todo, la biblioteca es mía, ¿no?

El agente Palk cedió. La costumbre de ceder ante la no-

bleza era un antiguo hábito en él. «El inspector no tiene por qué saberlo», se dijo.

—No se debe tocar nada ni moverlo de su sitio —advirtió a las señoras.

—Claro que no —dijo Mrs. Bantry con impaciencia—. Ya lo sabemos. Puede entrar y vigilarnos, si quiere.

El agente se tomó la invitación al pie de la letra. Pensaba hacerlo de todas formas.

Mrs. Bantry guio a su amiga con expresión triunfal a través de la biblioteca, y junto a la antigua chimenea, dijo con un dramático sentido del clímax:

—¡Ahí tienes!

Miss Marple comprendió entonces lo que había querido decir su amiga al asegurar que la muerte no era real. La biblioteca era una habitación muy típica de sus propietarios: grande, ruinoso y desordenada. Había unos grandes sillones de asientos hundidos y, sobre una mesa enorme, pipas, libros y documentos. De las paredes colgaban dos o tres buenos retratos de familia, unas cuantas malas acuarelas victorianas y algunas supuestas escenas divertidas de caza. En un rincón había un tiesto con flores. La habitación era oscura, tranquila e informal. Mostraba un uso prolongado y de estrechos vínculos con la tradición.

Y sobre una vieja piel de oso, tendida ante la chimenea, yacía algo nuevo, vulgar y melodramático: la ostentosa figura de una joven, una muchacha con el pelo rubio artificial, peinado hacia atrás en complicados bucles y rizos. El delgado cuerpo estaba enfundado en un vestido de noche generosamente escotado en su espalda, de raso blanco, con lentejuelas. El rostro estaba muy maquillado, y los polvos destacaban en el azulado e hinchado cutis; el rímel de las pestañas teñía las descompuestas mejillas, y el carmín daba a los labios el aspecto de una herida sangrante. Llevaba las uñas de las manos y de los pies pintadas de un

color rojo intenso. Era una figura chillona, vulgar, un elemento incongruente dentro del acogedor y anticuado ambiente de la biblioteca del coronel Bantry.

—¿Comprendes lo que quería decir? —dijo Mrs. Bantry en voz baja—. ¡No es real!

La anciana, que se hallaba junto a ella, asintió. Miró larga y pensativamente el cadáver acurrucado.

—Es muy joven —señaló por fin en voz baja.

—Sí..., sí..., supongo que sí.

Mrs. Bantry parecía algo sorprendida, como si acabara de descubrir algo.

Miss Marple se inclinó sin tocar a la muchacha.

Observó los dedos, que se asían con fuerza a la parte delantera del vestido, como si se hubiera llevado la mano allí durante sus últimos momentos de lucha por respirar.

Se oyó el ruido de un coche que se detenía fuera, sobre la grava del camino.

—Debe de ser el inspector —indicó el agente Palk con urgencia.

Confirmando su ciega creencia de que las clases altas nunca dejan a alguien en mal lugar, Mrs. Bantry se dirigió inmediatamente hacia la puerta. Miss Marple la siguió.

—No se preocupe, Palk —dijo la primera.

El agente se sintió muy aliviado.

VI

Tras engullir precipitadamente los últimos trozos de tostada con mermelada dando un largo trago de café, el coronel Bantry salió con urgencia al vestíbulo y vio con alivio al coronel Melchett, jefe de policía del condado, que se apeaba de un coche acompañado del inspector Slack. Melchett era amigo del coronel. En cambio, Slack nunca le había caído bien, un hombre enérgico que desmentía su pro-

pio apellido¹ y que acompañaba su dinamismo con una total falta de consideración hacia los sentimientos de cualquier persona que él no creyera importante.

—Buenos días, Bantry —dijo el coronel Melchett—. Pensé que sería mejor que viniera yo mismo. Parece un asunto extraordinario.

—Es..., es... —El coronel Bantry hizo un esfuerzo por expresarse—. ¡Es... increíble!... ¡Es... fantástico!

—¿Quién es la mujer?

—Ni idea. No la había visto en mi vida.

—¿Sabe algo el mayordomo? —preguntó el inspector Slack.

—Lorrimer está tan desconcertado como yo.

—¡Ah! —murmuró el inspector—. Me gustaría creerlo.

—Si quiere desayunar, Melchett —sugirió el coronel Bantry—, en el comedor...

—No, no... Más vale que nos centremos en nuestro trabajo. Haydock llegará de un momento a otro. ¡Ah, aquí está!

En ese instante llegó otro coche, del que se apeó un hombre corpulento y de anchos hombros: era el doctor Haydock, que también era forense. De un segundo coche se habían apeado dos agentes vestidos de paisano, uno de ellos con una cámara fotográfica.

—Todo a punto, ¿eh? —dijo Melchett—. Bien. Vamos a ver. Según me ha comunicado Slack, el cadáver está en la biblioteca.

—¡Es increíble! —gimió el coronel Bantry—. Cuando mi mujer se empeñó esta mañana en que la doncella había entrado y anunciado que había un cadáver en la biblioteca, no quise creerlo.

—No, no. Es comprensible. Espero que esto no haya turbado demasiado a su esposa.

1. En inglés, *slack* significa «flojo», «perezoso», «lento». (N. del t.)

—Se ha portado maravillosamente..., maravillosamente, de verdad. Ha hecho venir a la anciana miss Marple, ya sabe usted, la del pueblo.

—¿Miss Marple? —El jefe se irguió—. ¿Por qué la ha mandado llamar?

—¡Oh, las mujeres se consuelan unas a otras! ¿No le parece?

—Si he de serle franco —dijo el coronel Melchett con una leve sonrisa—, creo que su esposa quiere poner a prueba sus dotes de detective. Miss Marple parece ser la investigadora oficial de la localidad. Nos ganó por la mano en cierta ocasión, ¿verdad, Slack?

—Aquello fue distinto —contestó el inspector.

—¿Distinto de qué?

—Aquél fue un caso local. La anciana sabe todo lo que pasa en el pueblo, pero aquí se encontrará fuera de su ambiente.

—De momento, usted tampoco sabe gran cosa del asunto, Slack —dijo Melchett tajantemente.

—Ah, pero espere y verá. No necesitaré mucho tiempo para ponerme al día.

VII

En el comedor, Mrs. Bantry y miss Marple estaban desayunando. Después de servir a su invitada, Mrs. Bantry preguntó apremiante:

—¿Y bien, Jane?

La anciana levantó la cabeza y la miró algo aturdida.

—¿No te recuerda a nada? —preguntó Mrs. Bantry esperanzada.

Miss Jane Marple había logrado cierta fama gracias a su habilidad para relacionar sucesos triviales ocurridos en el pueblo con problemas más serios, de forma que los primeros arrojaran luz sobre los últimos.

—No —respondió pensativa la interpelada—. De momento no puedo decir que me suene. Quizá me recuerda un poco a la hija más pequeña de Mrs. Chetty, ya sabes, me refiero a Edie..., pero creo que es porque esa pobre chica se mordía las uñas y porque le sobresalían un poco los incisivos. Sólo por eso. Y también porque —siguió miss Marple, llevando más allá la comparación— a Edie le gustaba lo que yo llamo lujo barato.

—¿Te refieres a su vestido? —preguntó Mrs. Bantry.

—Sí, es de un raso muy chillón, de baja calidad.

—Ya lo sé. De una de esas tiendecitas donde todo vale una guinea. —Y prosiguió esperanzada—: Por cierto, ¿qué fue de Edie?

—Ha empezado a trabajar en su segundo empleo y le va muy bien, según tengo entendido.

Mrs. Bantry se sintió algo decepcionada. El paralelismo entre ambos casos no parecía muy prometedor.

—Lo que no comprendo —dijo— es qué podría estar haciendo en el estudio de Arthur. Palk dice que han forzado la ventana. Pudo haber entrado aquí con un ladrón y luego haberse peleado los dos, pero eso parece una tontería, ¿verdad?

—No iba vestida para cometer un robo —advirtió pensativa la anciana.

—No. Iba vestida para ir a bailar o a una fiesta. Pero por aquí no son frecuentes ese tipo de acontecimientos..., ni tampoco en los alrededores.

—No... —contestó miss Marple vacilante.

—¿Qué estás pensando, Jane? —quiso saber Mrs. Bantry.

—La verdad, estaba preguntándome...

—¿Qué?

—Basil Blake.

—¡Oh, no! —exclamó impulsivamente Mrs. Bantry, y añadió al instante a modo de explicación—: Conozco a su madre.

Las dos se miraron. Miss Marple suspiró y sacudió la cabeza.

—Comprendo perfectamente cómo te sientes.

—Selina Blake es la mujer más agradable que se pueda imaginar. Sus parterres son tan maravillosos que me ponen verde de envidia. Y es generosa con los esquejes de sus plantas.

Miss Marple no se dejó impresionar por tan sobresalientes virtudes.

—No obstante —dijo—, corren muchos rumores.

—Lo sé..., lo sé. Y, claro está, Arthur se pone enfermo cuando oye mencionar el nombre de Basil Blake. La verdad es que fue muy grosero con él y, desde entonces, Arthur no quiere oír ni una sola palabra de ese chico. Tiene esa forma de mirar estúpida y desdeñosa de los jóvenes de hoy en día. Se burla de la gente que defiende su antiguo colegio, el imperio y cosas por el estilo. Y ¿qué me dices de la ropa que lleva?

»La gente dice que no importa lo que uno lleve en el campo. En mi vida oí majadería semejante. Precisamente en el campo todo el mundo se fija en lo que llevas.

Hizo una pausa.

—Era un bebé adorable en el baño —agregó entre nostálgica y ansiosa.

—El pasado domingo el periódico publicó una preciosa fotografía del asesino de Cheviot cuando era niño —dijo miss Marple.

—Oh, Jane, no creerás que él...

—Oh, no, querida. No he querido decir eso, desde luego. Eso sería adelantarme a los acontecimientos. Me limitaba a buscar alguna posible justificación para la presencia de la muchacha aquí. St. Mary Mead es un lugar totalmente inverosímil, y puede que Basil Blake sea la única explicación plausible. Él da fiestas y reuniones. Viene gente de Londres y de los estudios. ¿Recuerdas el pasado

mes de julio? Aquel griterío constante, y una canción tras otra, un ruido ensordecedor. Todos medio borrachos. Y a la mañana siguiente, según contó Mrs. Berry, había tal suciedad y tantos vidrios rotos que parecía increíble, y ¡había una joven dormida en el baño prácticamente desnuda!

—Supongo que serían actores y actrices de cine —dijo con indulgencia Mrs. Bantry.

—Es probable. Además, supongo que habrás oído decir que últimamente ha estado trayendo aquí a una joven los fines de semana, una rubia platino.

—¿No creerás que es ésta? —exclamó Mrs. Bantry.

—Si he de serte sincera, es exactamente lo que me preguntaba. Pero claro, nunca la he visto de cerca, sólo sabiendo y bajando del coche, y una vez en el jardín de la casa, cuando tomaba el sol sin más ropa que un pantalón corto y un sujetador. En realidad nunca le he visto la cara. Todas estas muchachas, con el maquillaje, el pelo teñido y las uñas pintadas, ¡se parecen tanto!...

—Sí, por supuesto, podría ser. Es una idea, Jane.